

PRESENTACIÓN

No existen verdades absolutas ni teorías acabadas; menos aún si se trata del comportamiento humano, de sus motivos, procesos, finalidades y logros. Es de sumo interés continuar explorando acerca de las emociones y la personalidad, en un mundo donde el curso de los sentimientos —la sensibilidad, que no de la sensiblería— ha caído muy por debajo de lo valioso fundamental —importante para este mundo enajenado—, ante la cotización de lo material, lo visible, lo presumible, lo aparente, es decir, de lo que se tiene en lugar de lo que se siente, de lo que se es.

Recuperar lo trascendental en la formación de las emociones es un paso esperanzador en la medida en que signifique una aportación racional de la realidad individual, cultural, social e histórica. Es relevante estudiar la aportación histórico-cultural de Vigotski, Leontiev y Luria y, además de comprenderla, se debe aplicar, utilizando la percepción, la memoria, la imaginación hasta la conciencia y la estructuración de la personalidad. Quizá abocarse a comprender la situación cultural y el desarrollo de los niños, atendiendo a las necesidades primarias emocionales, ayudaría a reforzar la parte sana de pequeños medicados o disminuiría su situación de enfermedad. Sin duda, esto convendría también en el ámbito económico familiar y social. El beneficio es obvio. ¿Por qué no arriesgarse? Sólo requiere estar conscientes del desarrollo infantil en función de su contexto, además de estimular y amar a los niños. Por supuesto, habría que educar también a los adultos que rodean a esos infantes.

Lo anterior cobra relevancia si recordamos que según la literatura científica la génesis de la salud se determina por procesos como el sentido de coherencia, el cual, a su vez, se encuentra determinado por factores

MARITZA GARCÍA MONTAÑEZ, Coordinación del Laboratorio de Neurociencias, Dirección Divisional de la Salud, Universidad Intercontinental.

Revista Intercontinental de Psicología y Educación, vol. 16 núm. 2, julio-diciembre 2014, pp. 5-8.

como manejabilidad, significatividad y comprensibilidad de los estímulos en situaciones de estrés. Un desarrollo infantil adecuado en lo emocional, biológico y espiritual favorecerá un sentido de coherencia propio, alto, válido para su cultura. Medir este sentido de coherencia facilita conocer la capacidad de afrontamiento ante el estrés vital.

Otra razón de peso para atender a la infancia es que los procesos psiconeurológicos establecidos en ella determinan el modo de afrontar el estrés, lo cual se relaciona con el tipo de pensamiento que el sujeto asumirá de forma constructiva o no constructiva en su vida adulta. Si los individuos forjan un pensamiento no constructivo, tienden a la depresión, mal de este tiempo, pleno en motivadores de desesperanza aprendida. Por otra parte, aunque la mayoría de los estudiantes universitarios logran afrontar sus problemas mediante la estrategia de solución de problemas, como acción preventiva ante una posible depresión, debe ponerse empeño en ayudar a quienes no tienen las herramientas para hacerlo.

Tal vez a esta realidad actual —de desesperanza aprendida, de incapacidad de establecer relaciones comprometidas con lo formal, con el esfuerzo compartido, con la solución de problemas desde de un pensamiento constructivo y coherente— se deba, en parte, que existan tantos divorcios en nuestro país (86 mil al año), lo cual representa un escenario problemático, de angustia; sobre todo para los hijos, quienes siguen funcionando, las más de las veces, como objeto de discordia en cuanto a la guarda de los padres neuróticos e insensibles, que los usan como medio de establecer un poder irracional y lastimoso. En casos como éstos, la psicometría apoya de manera considerable a quienes deben decidir cuál de los progenitores tiene la personalidad adecuada para custodiar y educar a los hijos, pues permite medir el funcionamiento psicológico de los padres.

La presencia de padres —o de alguno de ellos— que amen, eduquen y guíen, excluye a los hijos de la vulnerabilidad en la cual se hallan miles de niños y adolescentes, como consecuencia no sólo del abandono parental, sino de la rígida sociedad —pseudo democrática y neoliberal— que ha propiciado que muchos se queden sin la oportunidad del derecho a la educación. Para estos niños, la esperanza es una pedagogía utópica, her-

menéutica y crítica que ayude, mediante tramas educacionales y técnicas como los “microtalleres”, una educación no escolarizada, pero necesaria para un crecimiento sano dirigido a la productividad.

Para que alguien acceda a la educación superior inicial, a las escuelas normales, donde los estudiantes aprenden a enseñar, sería deseable que no se requiriera un lugar socioeconómico privilegiado ni padres profesionistas ni posesiones en el hogar (computadora, red). En otras palabras, sólo se necesita que la democracia implique igualdad de oportunidades para que cualquiera tenga la motivación de aprender, saber, enseñar. Si las desigualdades sociales disminuyeran hasta desaparecer, habría una oportunidad de brindar lo necesario y suficiente a todo aquel sujeto que sienta el deseo de formarse.

Del mismo modo, habría que estimular la autoestima en el individuo, de modo que redunde en un mejor rendimiento escolar, el cual se enriquece con una alta capacidad resiliente y una autoeficacia probada. La empatía de los estudiantes que abarca el comportamiento altruista y prosocial también se relaciona con un aprovechamiento escolar. Resulta evidente que estos factores psicosociales se relacionan positivamente con el aprendizaje: menos frustración, mejor desempeño.

Sin embargo, el desempeño académico no está sólo en función del educando, sino también de la calidad de la enseñanza. Los docentes deberían hacer conciencia de este factor, pues, aun cuando muchos cuenten con promedios favorables en la dimensión actualización-cualificación, junto con la estrategia didáctica y atención en ciertas zonas escolares, deben cuidar no conformarse con estos datos y seguir atendiendo la toma de decisiones para mejorar los niveles de pertenencia, equidad y calidad educativa.

No puede dejar de mencionarse otro tema relevante: el de la desconfianza hacia las autoridades en situaciones cotidianas de inseguridad, motivada —entre otros factores— por la decepción. En cierta medida, estas emociones también son producto de todo lo ya mencionado, pues, si escuchamos que los padres o las autoridades enseñan una cosa y hacen otra, es inevitable que surja la decepción y, por lo tanto, la desconfianza:

“la palabra enseña y el ejemplo arrastra”. Hay, además, otros varios factores que deben considerarse para entender la confianza en las autoridades; por un lado, el miedo a situaciones de inseguridad —secuestro, violación, asaltos, desaparición o asesinato— y, por otro, el enojo de las personas consigo mismas. Lo relevante es cómo las experiencias de violencia manejadas en los medios de comunicación se relacionan con las experiencias de inseguridad. Vale la pena revisar estas circunstancias para que cada organismo o institución recobre su función: la autoridad, cuidar y defender; los ciudadanos, confiar y cumplir. Todo junto mejorará la calidad de vida social.

Por último, no hay que olvidar que el comportamiento es responsabilidad de cada individuo. Eso debemos enseñar, con respeto y amor, a los niños, para que al llegar a la edad adulta se hayan identificado con ello y puedan vivirlo plenamente.

Maritza García Montañez